

LENGUA.

Mors et vita in manu lingue.
La muerte y la vida están en poder
de la lengua.

(PROV. XVIII, 21.)

¡La lengua! órgano de la voz, instrumento de la palabra, intérprete del pensamiento, ministro del corazón: ¡la lengua! auxiliar y guía del hombre, con respecto á sí mismo, á sus semejantes y á Dios; del hombre, con respecto á sus derechos y deberes, á sus relaciones y necesidades; ¡la lengua! músculo grande, compuesto de una multitud de otros músculos sumamente flexibles, por medio de los cuales se dilata, se contrae, se levanta, se baja, se encorva y se mueve de mil diversas maneras; ¡la lengua! por cuyo medio hablamos y nos distinguimos de los brutos, y nos mostramos racionales, y vivimos en sociedad, comunicándonos mutuamente nuestros pensamientos é ideas, nuestros auxilios y necesidades; la lengua es, sin duda alguna, el don más precioso, señalado y grande de nuestro comun Criador. Sin ella, seríamos unos seres inertes y estúpidos, destituidos de luz, de sociabilidad, de toda comunicacion entre nosotros mismos.

Pero ¡oh fatal propension de nuestra corrompida naturaleza! Este don inestimable de Dios, que es el más bello ornamento de la vida, el hombre, que todo lo trastorna y pervierte, lo cambia, á fuerza de abusos, en un instrumento de muerte. La mentira, la murmuracion, la calumnia y las horrendas torpezas que profiere con la lengua, hacen, que la parte más noble del cuerpo venga á ser la más ruin, y que la fuente de todo bien, se convierta en raudal de infinitos males; resultando, de este modo, harto cierta aquella máxima del Sábio: *Mors et vita in manu lingue*: la muerte y la vida dependen de la lengua. De aquí se infiere, que: no hay cosa peor que la lengua; primer punto. Que: no hay cosa mejor que la lengua; segundo punto. Y que: no hay cosa más necesaria que dirigir bien la lengua. Quiera Dios, hermanos míos, que aprendais el arte saludable de gobernar sabiamente este miembro, el más caprichoso y rebelde del

cuerpo, sirviéndoos de él, no como de un instrumento de muerte, sino como de un medio de salvacion. Pidamos esta gracia. A. M.

1. No hay cosa peor que la lengua. Nada hay que pueda causar tantos y tan grandes males como la lengua. La artificiosa mentira, la páfida calumnia, la maligna detraccion, la provocativa injuria, la conversacion obscena, la abominable blasfemia; son otros tantos funestos efectos de una lengua desordenada, que producen, á su vez, otra infinidad de males. Los produce la mentira, por cuyo medio, lo verdadero se convierte en falso, y lo falso en verdadero; la luz en tinieblas y las tinieblas en luz: la boca dice lo que el corazón no siente, y la palabra y el pensamiento están siempre en lucha reciproca. Los produce la calumnia, que inventa el mal que no existe, y lo da por cierto; lo aumenta, si es pequeño, lo disfraza si es dudoso, y lo atribuye al inocente, llamando bien al mal y mal al bien. Los produce la detraccion, que descubre los defectos ocultos, y á voz en grito, los divulga y propala públicamente con alarmante tumulto, no respetando edad, sexo, condicion, ni estado, ni aún su propio decoro. Los produce la injuria, que insulta á los otros á su misma cara, hiere su delicadeza; vulnera su honor, y lo llena de oprobio, sin hacer distincion entre amigo y enemigo. Los produce el lenguaje obsceno, que derrama á raudales palabras y conceptos deshonestos, adulterando los vocablos, trastornando los acentos y haciendo á cada expresion las más indecentes y torpes alusiones. Los produce, en fin, la blasfemia, que sin respeto á las cosas del cielo, se rebela contra Dios, ultraja á su Majestad, desafía su poder, deprime su justicia, se burla de sus ministros, de la Virgen, de los Santos, y de todo lo más respetable y sagrado: tales son los funestos efectos de una lengua desordenada.

¡Y qué diré de las iniquidades sin cuento, á que da ocasion el desenfreno en el hablar? El apóstol Santiago compara la lengua del impío con el fuego, que todo lo devora y aniquila. Cae una pequeña chispa sobre un leño seco, prende en él, lo penetra é inflama, y produce un rápido incendio, que propagándose por toda una casa, y comunicándose de uno á otro edificio, invade toda la ciudad. Las llamas, envueltas en densas columnas de humo, se levantan hasta el cielo. Oyese un confuso rumor de voces y alaridos, mezclado con el continuo y pavoroso fragor de los palacios, que caen; de los templos, que se arruinan; de las torres, que se derrumban. Pues, semejantes á estos son los daños, que puede ocasionar y ocasiona con harta frecuencia la lengua.

Tan pronto como ésta traspasa los límites prescritos, conviértese en

un instrumento de destruccion, que no perdona cosa alguna humana ni divina. Si cien lenguas y cien bocas tuviera yo, apenas bastarian para enumerar los males que causa una lengua desenfrenada. ¡Oh celestial verdad! tú estabas destinada á reinar en el alto trono de Dios, y á servirnos de segurísima guia en todos nuestros pensamientos y acciones; y una lengua mendaz te ha derribado y arrastrado por el suelo. ¡Oh desventurada inocencia! tú eras un prodigio de candor, y merecias coronas de gloria; y una lengua calumniosa te ha condenado al oprobio de los hombres. ¡Oh triste fama! tú eras para nosotros una segunda vida, tan amada, como la primera, pues que por tí viviamos honrados y estimados de nuestros semejantes; y una lengua calumniosa te nos ha arrebatado cruelmente. ¡Oh infelicitísima paz! tú debias unir á los hombres en un solo cuerpo y en una sola alma; y una lengua satírica te ha sustituido por la guerra. ¡Oh profanada honestidad! tú adornabas con un velo de pureza nuestros cuerpos y nuestras almas; y una lengua impúdica te ha cubierto de torpeza. ¡Oh religion violada! tú debias ser el objeto de nuestros más fervientes votos; y una lengua sacrilega te ha convertido en objeto de escarnio, escarneciendo contigo á la moral, al culto, á la piedad y á todas las virtudes.

¡Ay de mí! huyó, perseguida por tal lengua, la religion violada, mostrando á nuestros ojos manchada y rota su túnica inconsútil; huyó la profanada honestidad, llevándose consigo descompuesto y ajado el velo del pudor; huyó el honor infamado, y cayó, en medio de las insultantes carcajadas de sus detractores; huyó la calumniada inocencia, y maldijo la justicia de los hombres; huyó la luminosa verdad, y se ocultó entre las sombras; huyó la santa virtud, y ocupó su lugar el ominoso vicio. La adulacion invadió los palacios; la injusticia asedió los tribunales; el fraude predominó en el comercio; el charlatanismo se introdujo en las escuelas; la disension se apoderó de las familias; el desórden y la confusion vinieron á trastornar el mundo. ¡Oh terrible y fatal poder de la lengua! Por ella perece la santidad del sacerdote, la gravedad del anciano, la equidad del jurista, la probidad del comerciante, el pudor de la mujer, la fidelidad del amigo; por ella perecen, en fin, las virtudes todas de los hombres. Aquí muere un inocente, oprimido por la calumnia; allí llora una familia, ultrajada por la maledicencia; más léjos hierva una ciudad, agitada por un discurso sedicioso; en todas partes conmuevese la sociedad por el desenfreno de la lengua. Ella, nadie más que ella, es quien suscita las discordias, promueve las herejias, enciende las guerras, concita los odios y todas las malas pasiones. Por ella deplora la pa-

tria la corrupcion de los ciudadanos; por ella lamenta la Iglesia el extravío de sus hijos; por ella vese la tierra plagada de iniquidades.

Véase, pues, con cuanta razon he dicho, que la lengua es origen de todo mal y la cosa peor que puede darse. Si alguno fuere de contraria opinion, oiga y conteste al siguiente sencillo argumento. La lengua es el principal instrumento y el órgano más importante de nuestra vida social: nuestra vida social está plagada de males; la causa principal de estos males es la lengua; porque ¿podemos vivir en sociedad, sin comunicarnos mutuamente nuestros sentimientos é ideas? Si, pues, la lengua es el principal instrumento de nuestra vida social, y si la vida social es un cúmulo de males, no puede negarse, que la principal causa de todos nuestros males es la lengua.

En efecto, la lengua, como dice el Evangelio, habla de la abundancia del corazon: *Ex abundantia cordis os loquitur*: el corazon es la fuente de toda malicia; luego, la lengua es el instrumento y el conducto por donde se trasmite toda maldad. Además, el corazon, por medio de la lengua, derrama al exterior toda su corrupcion, y la trasmite á los otros corazones; en lo que la lengua se distingue de los demás órganos sensitivos del hombre, que reciben las impresiones exteriores, mas no transmiten al exterior sus propias sensaciones. El ojo ve los colores, el oido percibe los sonidos; mas, ni éste trasmite los sonidos, ni aquél los colores; pudiendo decirse lo mismo de todos los demás sentidos. No así sucede con la lengua, la cual derrama exteriormente cuanto contiene el hombre dentro de sí; difunde, por decirlo así, toda la esencia del corazon, la trasmite á los otros corazones, y acaba por identificarla con ellos. Por ahí, es fácil calcular, cuan grandes y trascendentales daños ha de causar un corazon corrompido, como debe serlo precisamente el que tiene por auxiliar una lengua maligna.

Las demás acciones del hombre son sucesivas é individuales, y, por tanto, no pueden obrar á un mismo tiempo sobre varios objetos; mas, la accion de la lengua es poco ménos que instantánea; obra sobre todos los oyentes á la vez, é impresiona juntamente al cuerpo y al espíritu. Luego que yo hablo, todos me oyen; y aún cuando mis oyentes se contáran por miles de miles, con tal, que mi voz pudiese llegar á sus oidos, todos á un tiempo oirian lo que yo hablo, y concebirian conmigo unas mismas ideas: á manera de una piedra, que, cayendo sobre las tranquilas aguas de un estanque, agita sus ondas y las desparrama por todos lados, con una no interrumpida série de círculos concéntricos. Queda, pues, demostrado, que la lengua puede causar toda suerte de males; y que, bajo este respecto, su accion es tanto

más pernicioso, cuanto que obra sobre el corazón humano de una manera sumamente eficaz, rápida, íntima, fatal é irremediable: de donde se infiere, que no hay cosa peor que una lengua desordenada.

2. Si, por una parte, según acabamos de ver, no hay cosa peor que una lengua maligna, por otra parte, no hay cosa mejor que una lengua prudente y bien gobernada; y así como la primera es raíz de todos los males, la segunda es origen y manantial de toda suerte de bienes. Para persuadirse de esto, basta considerar, que la lengua es el instrumento y el órgano inmediato, por cuyo medio se extiende el dominio de la verdad por toda la faz de la tierra. ¿Y quién duda, que donde la verdad domina, perece y se extingue todo mal, y nacen y prosperan todos los bienes, físicos y morales, temporales y eternos? Haced que domine la verdad sobre la tierra, y vereis confundida la mentira, y triunfante la sinceridad; desterrada la calumnia, y vindicada la inocencia; subyugada la insolencia, y honrado el comedimiento; sofocada la maledicencia, y respetada la ajena reputación; reprimida la blasfemia, y honrada la divinidad; extirpada la herejía, y floreciente la piedad; exterminada la impiedad, y triunfante la religión.

Yo comparo la lengua con aquel río benéfico, que, partiendo del paraíso terrenal, regaba toda la superficie de la tierra. Brotaban aquellas cristalinas aguas del purísimo manantial; corrían mansamente; y aumentando y extendiendo su caudal, á medida que prolongaban su curso, lamían las opuestas márgenes, besaban las faldas de las colinas, bañaban los vallés, é introducíanse en todas partes, dando verdura á los prados, fecundidad á los campos, frondosidad á los bosques. Los pintados pajarillos cantaban alegres en las ramas; la oveja el cordero y el lobo pacían y retozaban juntos en una misma pradera; por todas partes reinaba la armonía, el contento y la paz. El cielo sereno, la tierra abundosa, el aire tranquilo, el mar sosegado... tales eran los efectos saludables de aquel río benéfico. Pues, semejantes á estos son los bienes que produce la lengua discreta. Tan pronto como ella se desata, el mundo, hasta entonces sombrío y árido, adquiere el más hermoso y risueño aspecto. Huye la ciega ignorancia, acompañada de la preocupacion y del error; y viene la clara luz de la verdad á enseñar al niño, á instruir al ignorante, á iluminar al sábio y á difundir entre los pueblos toda especie de conocimientos provechosos. Huye la impía discordia, llevándose consigo la sedicion y la guerra; y viene en su lugar la amorosa caridad á sembrar la benevolencia, la amistad, la alegría y la felicidad entre los hombres. Huye la horrenda impiedad con la supersticion y el cisma; y en su lugar,

viene la augusta religión, que fomenta el culto, consolida la fé y santifica las costumbres. Huye, por fin, la caterva toda de los vicios con su fatal séquito de maldades, y vienen en su lugar las celestiales virtudes á extender su benigna influencia por toda la tierra, introduciendo la paz en las familias, la armonía en las ciudades, la concordia en los estados, la sinceridad en las córtes, la justicia en los tribunales, la moralidad en el comercio, la dicha y el contento en todas partes.

Ella habla al ignorante, y lo instruye; al inepto, y lo habilita; al que yerra, y lo ilumina; al descarriado, y lo encamina; al que duda, y lo aconseja; al afligido, y lo consuela; al sofista, y lo confunde; al furioso, y lo tranquiliza; al empedernido, y lo ablanda; ella, en fin, con elocuentes palabras, impresiona á todos de manera, que se apodera de los sentidos, penetra el espíritu, agita el corazón, cautiva los afectos: siendo, por lo tanto, inevitable, que el hombre se rinda á discrecion de la lengua, ó se pierda en un laberinto de absurdas contradicciones. De consiguiente, si no es un mónstruo ó un sér desnaturalizado, al hablar una lengua sensata, veráse aparecer la modestia en sus ojos, la prudencia en sus oídos, la circunspeccion en sus labios, la lealtad en sus manos, la pureza en sus costumbres. Veráse celoso el sacerdote, grave el anciano, recto el juez, honrado el comerciante, honesta la matrona, recatada la doncella, morigerados y religiosos todos. Veráse protegida la inocencia, encomiado el mérito, respetada la honestidad, defendido el pudor, deprimido el vicio, triunfante la virtud.

Por esto el Sábío compara la lengua con el aquilón, que con su poderoso soplo disipa las borrascosas nubes, y devuelve la serenidad al cielo y la tranquilidad al mundo: *Ventus aquilo dissipat pluvias, lingua lenis mitigat iram.*

De lo dicho se infiere, que la lengua es la fuente de las más nobles y santas virtudes. Es fuente de verdad, en cuanto revela sin engaño los más íntimos afectos del alma: fuente de caridad, en cuanto expresa nuestros sentimientos de amor para con Dios y para con el prójimo: fuente de equidad, en cuanto defiende al inocente, y condena al culpable: fuente de piedad, en cuanto consuela al afligido y corrige al que yerra: fuente de amistad, en cuanto introduce la benevolencia y la union entre los hombres: fuente de religión, en cuanto tributa los debidos homenajes á Dios, canta sus alabanzas, celebra sus magnificencias, é implora sus bendiciones; confiesa, predica y defiende la fé; convierte á los infieles, confirma á los fieles, corrige el vicio y ensalza la virtud. De manera, que la lengua es instrumento del culto, vehiculo de la gracia, centro de reunion de los divinos do-

nes, fuente de los méritos, prenda de justicia, ministro de las virtudes, guía del hombre, mensajera de gloria, vínculo social y origen de todos los bienes. Luego, no hay cosa mejor que una lengua bien gobernada.

3. De las precedentes consideraciones se infiere otra importantísima consecuencia, á saber: que no hay cosa más necesaria que la buena dirección de la lengua. Con efecto, no hay nada que nos interese tanto como evitar el mal y conseguir el bien; y ambas cosas se obtienen, obrando con arreglo á esta sabia máxima. Dirigiendo bien la lengua, evitamos la mentira, la detraccion, la calumnia, la insolencia; la deshonestidad, la blasfemia, fuentes de toda maldad; y al propio tiempo practicamos la verdad, la justicia, la honestidad, la probidad, la piedad, origen de toda buena obra. ¿Y hay en el mundo cosa alguna más necesaria y provechosa, que evitar aquellos males, y practicar estos bienes por medio del buen gobierno de la lengua?

• El precitado apóstol Santiago dice, que la lengua es semejante al timon de una nave. Surca la nave el proceloso mar, dobla los cabos, pasa los estrechos, recorre los hemisferios, merced al timon que encamina y dirige su rumbo. Combátanla los vientos, azótanla las olas; mas, el timon la protege: amenázanla las rocas, pónenle asechanzas las arenas y los escollos, agítanla cual leve paja las tempestades; mas el timon la defiende y la salva de todo peligro. A él están subordinados los remos, las velas, la proa, la popa y las partes todas de la nave; que, sin él, pereceria en inevitable naufragio: y por tanto, él debe ser el principal objeto de toda maniobra. Pues, semejantes á estos son los servicios que nos presta la lengua en el tempestuoso mar de la vida.

No olvideis nunca, oh cristianos, estas importantes verdades: «La lengua es el más temible escollo de nuestra salvacion.—La lengua, por sí sola, basta para pervertir al hombre entero.—Sin refrenar la lengua, es imposible obrar bien.—La mayor parte de los hombres se condenan por causa de la lengua.—Si reprimiéramos la lengua, evitaríamos toda maldad.—Nuestro principal estudio ha de consistir, en el buen gobierno de la lengua.

Para dirigir bien la lengua, conviene observar tres principales reglas, cuales son: Hablar poco; hablar con cautela; hablar con sensatez: reglas importantísimas, dictadas por la razon natural, no ménos que por la religion, como es fácil demostrarlo. Hablar poco: la naturaleza misma nos impone esta moderacion. Con efecto, ella no nos da las voces articuladas y naturalmente significativas, sinó, que quiere que las aprendamos paulatinamente, con la enseñanza y el ejem-

plo de nuestros semejantes. El hombre que nunca hubiese oido hablar, solo despediria sonidos confusos é inarticulados. Nadie puede hablar el lenguaje que no aprendió, porque los vocablos no tienen significacion propia, sino puramente arbitraria y convencional. La naturaleza, pues, quiere, que aprendamos las palabras á fuerza de oír é imitar á los otros hombres; quiere, que, ántes de hablar, callemos; y que el silencio sea guía y regulador de nuestro lenguaje.

Segunda regla: Hablar con cautela. ¡Cuántos y cuán diversos obstáculos opone la naturaleza á la locucion! Pulmones, traquea, laringe, epiglotis, paladar, lengua, labios, dientes, nariz; todo esto se ha de ejercitar y poner en movimiento para formar la palabra, y constituir el lenguaje. ¡Y hubiera la naturaleza hecho tan difícil y complicada la locucion, si no hubiese querido que fuéramos cautos en el hablar? Nuestra lengua, pues, ha de ser como la pluma del experto y prudente escribano, que, ántes de escribir un documento, se hace cargo de su objeto, examina su importancia, calcula su trascendencia, medita todas sus cláusulas; y despues de una madura deliberacion, y de haber suprimido todo lo supérfluo, lo escribe exactamente, sin omitir una sola letra. Es preciso, pues, que, ántes de hablar, consideremos con quién hablamos, á qué fin, por qué motivo, sobre qué objeto; y en cuanto veamos, que el discurso pueda ser peligroso para la inocencia ó las buenas costumbres, cerremos al punto nuestros labios.

Tercera regla: Hablar con sensatez. Dios nos ha dado la lengua para expresar los sentimientos de nuestro corazon: por otra parte, Dios quiere, que nuestro corazon sea constante albergue de la sensatez, y que entre la lengua y el corazon haya siempre la conformidad más exacta. Así, tales como quiera que sean nuestros afectos, quiere tambien que sean nuestras palabras. Puros y sensatos quiere que sean aquéllos; sensatas y puras éstas. Del mismo modo que aborrece al corazon perverso, odia la lengua desenfrenada; y así como nos prescribe la inocencia en los afectos, nos la prescribe igualmente en las palabras.

Pero, esto por sí solo no basta para conseguir este saludable objeto. Así como para domar las fieras se requiere el auxilio del hombre, así para domar la lengua se requiere el auxilio de Dios. Roguemos pues sin cesar á Dios, é invoquemos á este fin el socorro de su santa gracia. Digámosle, como David, con todo el fervor de nuestro corazon: «Poned, Señor, un freno de circunspeccion á mi lengua, á fin de que mi corazon no busque palabras maliciosas para excusar los pecados. Muy propensos somos nosotros á errar: mas, si vos, Señor, refrenais nuestra lengua, será segura nuestra salvacion.»

En conclusion, oyentes míos, si no hay cosa peor que la lengua, y si, por otra parte, no hay cosa mejor que la misma lengua; preciso es reconocer, que no hay cosa más necesaria que dirigir bien la lengua para no errar jamás, y alcanzar la felicidad eterna, que os deseo á todos.

Véase: CONVERSACIONES, — MALEDICENCIA, — MURMURACION.

LEPROSO.

(EL LEPROSO DEL EVANGELIO.)

Domine, si vis, potes me mundare.
Señor, si tú quieres, puedes limpiarme.
(MATH. VIII, 2.)

El verdadero mérito y la verdadera grandeza no se reducen á decir cosas grandes, sinó, á practicarlas. Por esto, á fin de que el pueblo, despues de haber oido el sublime y nuevo discurso pronunciado por el Salvador en el monte, no dijera tal vez: «Hasta ahora solo nos ha dado grandes, magnificas y terribles palabras; pero, las obras no las hemos visto aún;» el Redentor del mundo se dirige espontáneamente á la parte de la llanura en que yacia un infeliz leproso, para curarle, con el objeto de confirmar con este ruidoso milagro y poner, digámoslo así, un sello divino á la verdad de sus palabras, y mostrarse todavía más grande, más sublime y divino por medio de las obras, de lo que se habia mostrado hasta entónces de palabra. Fuera de esto, el Salvador, en su largo discurso pronunciado en el monte, habia publicado sobre el Tabor la ley evangélica, como lo habia hecho ántes en el Siná con la ley mosaica. Pero, así como la promulgacion de la ley antigua la acompañó con prodigios de su justicia, para manifestar, que el espíritu de aquella ley era de temor servil: así tambien, para mostrar que el espíritu de la ley cristiana es de tierno amor,

quiso acompañar su promulgacion con prodigios de misericordia y de bondad.

Ocupémonos hoy de la milagrosa curacion del leproso, figura de la infeliz raza de Adan. Breve es la historia de este prodigio; pero, son grandes é importantes los misterios y las enseñanzas que en él se contienen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen santísima. A. M.

1. La lepra en Oriente era una enfermedad horrible, funesta, incurable y contagiosa como la peste. Por esto la ley de Moisés era tan severa con los leprosos. Mandaba, que los atacados de esta enfermedad anduviesen con la cabeza descubierta y los vestidos abiertos. Mandaba tambien, que los leprosos, al ver que alguno se les acercase, le avisasen que huyese, declarándose contagiados é impuros; y que se tapasen la boca con la punta de su vestido, al estar en la presencia de los que estuviesen sanos, para no contagiarlos con su aliento. Mandaba, por último, que el leproso no tuviese comunicacion alguna con los demás hombres, y que habitase solo fuera de la ciudad, al aire libre. Y ved aquí, por qué el leproso del Evangelio estaba solitario en la llanura que media entre el monte Tabor y la ciudad de Cafarnaum. La enfermedad de este infeliz fué doblemente terrible para él, porque le habia impedido subir al monte con los demás, y oír al Hijo de Dios que, por vez primera, habia enseñado á los hombres la ciencia de la salvacion eterna. Así tambien hoy, los que están atacados de la lepra del pecado, no pueden elevarse á la altura del verdadero monte de Dios, que es la Iglesia, y oír las doctrinas espirituales y divinas que en él se enseñan; y si entran alguna vez en los sagrados templos, lo hacen materialmente; pero, en realidad, el alma está muy ajena de allí.

Bajaba el Salvador del monte, y le acompañaba el pueblo á quien habia instruido, y que cada vez se iba haciendo más numeroso, por la multitud que acudia de toda la comarca. Muchos le seguian, con el objeto y la esperanza de participar del beneficio de sus milagros; otros muchos, para aprovecharse de su enseñanza; y la mayor parte, por el amor que Jesucristo infundia á todos solo con su vista, y por el placer y el gozo inefable que sentian en su compañía. El leproso habia oido hablar mucho del Salvador; y al ver que se aproximaba á su gruta, acompañado de numerosa multitud, con un aire de majestad, de dulzura y de amabilidad infinita; al fijar su triste vista en aquel rostro divino, en aquella frente serena, y en aquellos ojos piadosos, oyó en el fondo de su corazon una voz secreta que le decia: «Ese es el Salvador, ese es Dios, ese podrá y querrá curarte en un momento.» Así como Jesucristo usó de misericordia en concederle esta inspira-